

## **Fragmento de “La azucarera de porcelana” del libro “De la vida, la muerte y otras yerbas”**

-Hola, podés jugar con nosotras- dijo corriendo un mechón rubio que caía sobre sus ojos claros -pero tenés que traer tu juego de porcelana. Di la vuelta, entré a mi casa por el portón sin hacer ruido. Mi mamá atendía al bebé. Saqué sigilosamente la cajita donde guardaba mi tesoro y salí corriendo por la vereda.

-¡A ver, dámelo!- dijo Andrea.

Con cuidado se lo alcancé. Los ojos le brillaron al ver las delicadas y diminutas tacitas. Las otras se acercaron.

-¡Ay, qué bonito!- dijo su hermana, estirando la mano.

-No, tarada, no toqués- dijo y se rió.

Nunca supe si se le soltó de las manos o si deliberadamente lo dejó caer. Solo recuerdo las piezas por el aire y haciéndose añicos en el suelo.

-¿Qué hiciste?- grité. Las lágrimas no me dejaban ver los pedazos que intentaba juntar por todos lados.

-Andrea, viene tu mamá- dijo alguien.

-¡Te vas!, ¡llorona!- y tomando una rama de espinas que usaba su abuela para proteger las plantas, comenzó a golpearme en la espalda. Una, otra y otra vez. Llevaba puesta una remerita amarilla tejida al crochet que me regaló una tía; tal vez por eso sentía las espinas clavarse tan fuerte mientras seguía recogiendo pedacitos de porcelana.

-¡Llorona estúpida, te vas de mi casa!- volvió a gritarme.

Tantas veces fui la sirvienta en sus juegos de reina.

Tantas veces hizo esconderse a mis amigas cuando jugaban con ella y yo llegaba.

Tantas veces me dejó parada, mirando, hasta que ella decidiera cuál sería mi papel...

No sé qué me pasó. De repente una sensación caliente me subió por el cuerpo encendiéndome la cara bañada en lágrimas que me ardía. Me levanté como si una fuerza ajena me pusiera en pie, la senté de un empujón entre las espinas del jardín y mientras la oía gritando como un cerdo, descubrí entre el césped la azucarera, lo único intacto que había quedado de todo el juego. La tomé rápidamente, salí corriendo y nunca más volví a aquella casa. Cuando llegué, afuera estaba mi mamá, que había escuchado los gritos desde el patio. Entre lágrimas le conté lo sucedido. Me quitó la remera; debo haber estado muy lastimada, porque estaba toda manchada y sobre todo porque al curarme, el dolor me daba náuseas. Todavía puedo sentirlo.

No me regañaron por desobedecer. Mi madre guardó la azucarera y me la devolvió cuando cumplí quince años, en una bella y pequeña cajita.

Emocionada me dijo:

-“Sé que aunque eras chica, muchas veces las cosas no fueron fáciles para vos. Esa tarde fuiste muy valiente, no solo por defenderte, sino por tomar la decisión de no permitir que te humillaran ni te lastimaran nunca más; por haber pasado tantas veces frente a esa casa sin golpear la puerta aunque te murieras de ganas de jugar. Eso es lealtad con uno mismo, amor propio. Nunca lo pierdas, nunca lo olvides. No voy a mentirte, muchas veces vas a sentirte triste y hasta vencida, pero entonces acordate de ese día, porque aunque parezca que ya no te queda nada, siempre habrá una parte de vos intacta, como tu azucarera, a la orilla del césped. No tengas miedo ni pierdas la fe. Siempre

caminá hacia adelante y no dejes que la tristeza ni el dolor te detengan”. Lo he recordado muchas veces desde entonces, ante las adversidades de la vida, ante el dolor y la injusticia, cuando precisé hacerme valer. Allí, sobre mi escritorio, la pequeña azucarera de porcelana es para mí un ícono de la rebeldía del débil, un grito, un “¡BASTA!” a las cosas que nos agobian y nos matan por dentro.

Marcela Gómez Figueroa